

# La toma del poder de los bolcheviques y el comunismo de guerra (1917-1921)\*

Arthur Rosenberg

Desde septiembre de 1917 Lenin alimentaba la persuasión de que el partido bolchevique llegaría al poder por medio de la revolución. Sobre todo en octubre, desde su escondrijo de Finlandia, apabulló a la dirección central del partido en San Petersburgo, con cartas y artículos: allí exigía la sublevación, considerando con exactitud cada posibilidad y ofreciendo la solución apropiada para cada dificultad. Esos escritos de Lenin son únicos en su mezcla de ardiente pasión y fría reflexión. Se veía con claridad que la preocupación de Lenin era la posibilidad de un caos anárquico como ocaso del gobierno Kérenski: entonces el momento justo hubiera pasado ya para los bolcheviques, que no habrían podido reconquistar la ventaja perdida.

En las fracciones del partido, del grupo Zinóviev-Kámenev se mostraba contrario a la insurrección: es que seguían vislumbrando como consecuencia de ella un aislamiento de los bolcheviques y cierta aventura socialista de catastrófico final. Pero Lenin, con la ayuda de Trotsky impuso su propia opinión. El 10 (23) de octubre, ante la presencia de Lenin, se realizó la decisiva sesión secreta de la dirección central del partido. Con todos los votos a favor menos dos, se adoptó la resolución por la cual el

único medio para salvar la revolución y también a Rusia, sería la sublevación, destinada a transmitir todo el poder a manos de los soviets. Así, el partido tuvo las manos atadas.

El 25 de octubre de acuerdo con el calendario ruso (7 de noviembre para el europeo) debía reunirse en San Petersburgo el congreso de los consejos de todas las Rusias: debido al cambio de votos respecto de los del verano, existía la posibilidad de que los bolcheviques obtuvieran en este congreso la mayoría. Si el congreso decidía que toda la autoridad pasara a los consejos, también habría debido asumir el poder, es decir, derribar al gobierno de Kérenski. Ésta es la razón por la cual el 25 de octubre se convertía en la jornada decisiva: ella debía ser el día de la rebelión.

Los dos sectores tomaron sus respectivas medidas para tener ese día la superioridad militar en las calles de San Petersburgo. Los regimientos allí instalados, en general eran partidarios de los bolcheviques; entonces el gobierno dispuso que la mayor parte de las tropas partiera hacia el frente. Si el alejamiento de la guarnición hubiera prosperado, el gobierno habría podido disolver ese día el congreso de los consejos con un puñado de tropas de asalto formadas por

\*Por sugerencia de Joaquín Miras, y con la intención de aligerar el texto, se han suprimido varias citas literales de V.I. Lenin: «Del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (bolchevique)», en V.I. Lenin, *Obras*, Vol. XXVI, p. 288.; «Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado» en *Ibid*, Vol. XXVI, pp. 405-407; «La enfermedad infantil del 'izquierdismo' en el comunismo», en *Ibid*, Vol. XXXI, p. 38. También se han suprimido dos proliferas citas de la obra de I. Larin y L. Kritzmán, *Vida económica y reconstrucción económica en la vida de los soviets, 1917-1920* [Wirtschaftsleben und wirtschaftlicher Aufbau in Sowjet-Russland, 1917-1920, Petrograd, Kommunistische Internationale, 1921].

oficiales. Pero, con la instigación de los bolcheviques, las tropas se negaron a marchar.

El soviet de la ciudad, que estaba totalmente a la influencia bolchevique, constituyó un comité revolucionario militar, y todas las tropas de la capital declararon que en el futuro sólo obedecieron a dicho comité, ya no al Estado mayor. La fuerza del impulso del comité revolucionario militar estaba representada por Trotski; y con esa resolución de las tropas, la revolución hubiera vencido en la capital antes de que se disparara un solo tiro. El 24 de octubre, el comité revolucionario militar ocupó la central telefónica de San Petersburgo, y en la noche siguiente se produjo la ocupación de otros edificios públicos. El 25 fue tomado el palacio de invierno, sede del gobierno: los ministros resultaron apresados y Kérenski logró huir. Al mismo tiempo, según el programa establecido, se reunió el congreso de los consejos de todas las Rusias, y cuando se anunció la ocupación del palacio de invierno, la minoría partidaria del gobierno abandonó la sala. La mayoría proclamó la toma de posesión del gobierno por los consejos de acuerdo con la tesis bolchevique.

Kérenski trató de reunir tropas ante San Petersburgo, para marchar con ellas al asalto de la capital. Pero sufrió una derrota absoluta, y se refugió en el extranjero. En pocas semanas, las tropas, las ciudades y las poblaciones campesinas rusas se pasaron en su integridad del lado de los bolcheviques: allí donde surgían oposiciones a la revolución, se las derrotaba con leve esfuerzo. Hay un hecho importante para destacar: la revolución bolchevique podía apoyarse en la única representación popular existente por entonces en Rusia, es decir, en el congreso de los consejos, que había sido elegido verdaderamente por las masas. En cambio, las tan variadas comisiones artificiosamente reunidas por Kérenski no tenían base alguna en el pueblo. Al final

de su gobierno, Kérenski se había decidido a convocar las elecciones para la asamblea nacional, pero dichas elecciones se celebraron sólo a la par de la revolución bolchevique. En el momento crítico, entonces, la asamblea no existía.

El grupo Kámenev-Zinóviev se opuso hasta el último momento al estallido de la revolución: y aun después de la victoria siguió mostrándose pesimista. El 4 (17) de noviembre, Zinóviev y Kámenev salieron de la dirección central del partido, con el fin de expresar con libertad sus opiniones. Ellos exigían que los bolcheviques ofrecieran inmediatamente un compromiso a los social-revolucionarios y a los mencheviques, para constituir así un gobierno formado por todos los partidos soviéticos. Esta tendencia fue apoyada aun por una cierta cantidad de viejos bolcheviques. Hasta Losovski la defendió en una carta abierta. Aparece de todas maneras destacable que los dos futuros presidentes de la Internacional Comunista y de la Internacional Sindical Roja, Zinóviev y Losovski, al estallar la revolución consideraran que ella era justamente una insensata aventura. Sin embargo, la propaganda de ellos mismos se basaría luego íntegramente en la revolución de octubre.

El 4 (17) de noviembre, la situación todavía no se había aclarado: aún no se sabía bien cómo sería acogida la revolución en el frente y en las provincias. Una huelga general de empleados vino a paralizar la acción de los gobernantes bolcheviques. Partidos enteros y grupos políticos rusos se habían declarado adversos a la revuelta bolchevique y, además de ello, hasta un fuerte grupo dentro de la misma dirección del partido se unió a los opositores. La situación parecía desesperante; pero Lenin y Trotski no retrocedieron ni un solo paso.

La situación se aclaró rápidamente. Se vio qué vasta había sido la victoria bolchevique en el campo. La huelga de los empleados fra-



Miembros de la Guardia Roja. Petrogrado, 1917. (Foto: Karl Bulla - AP).

casó, y aun el grupo Kámenev-Zinóviev volvió a las filas del partido. La actitud de los dos jefes de grupo durante aquellas críticas semanas demostró una vez más la solidez con que la tesis de la dictadura democrática de obreros y campesinos se había radicado en el partido bolchevique. Aquellos viejos bolcheviques podían imaginar a la revolución rusa sólo como una subversión democrático-burguesa, a realizar mediante la coalición de todos los partidos democráticos y socialistas. Y en nombre de esta teoría se rebelaron contra Lenin, justamente en las más graves semanas de la historia bolchevique.

Después de este episodio, Lenin, con admirable objetividad, confió nuevamente las tareas más importantes a Zinóviev y Kámenev. Y no les reprochó las incertidumbres en que habían incurrido durante la revolución. De la misma manera había dado por terminada la añeja disputa con

Trotsky, cuando este se puso a disposición de su política.

El movimiento bolchevique fue transportado en esos días por una ola de simpatía: el hecho impidió también su aislamiento político. Los social-revolucionarios, principales enemigos del bolchevismo, se dividieron, y el nuevo partido de los social-revolucionarios de izquierda dio los más importantes servicios a la Rusia de los soviets en el primer semestre de su existencia. Tal como lo anotamos antes, las masas campesinas habrían sido desilusionadas amargamente por el gobierno Kerenski. Esas masas esperaban que un gobierno de social-revolucionarios echara de las tierras a los propietarios: en cambio, debieron asistir al hecho de que los ministros social-revolucionarios, con la ayuda de la fuerza constituida, protegieran a los propietarios mismos.

Los dirigentes social-revolucionarios locales de los campesinos se rebelaron contra

la dirección del partido y, pronto, aún notables funcionarios se unieron a la oposición. Así, durante la revuelta bolchevique, los social-revolucionarios se escindieron en un ala derecha, que seguía fiel a Kérenski, y un ala izquierda, que exigía la expulsión de los propietarios y el tránsito de los consejos al poder. El día 25 de octubre (7 de noviembre), el congreso de los consejos de todas las Rusias debía tomar posición ante la revuelta: entonces los social-revolucionarios de derechas y los mencheviques abandonaron la sala. Pero los de izquierda se quedaron con los bolcheviques, y contribuyeron a la constitución del poder del soviét. Luego, algunos jefes de los social-revolucionarios de izquierda formaron parte del consejo de los comisarios del pueblo, en el nuevo gobierno de la revolución. Sólo en razón de la paz de Brest-Litovsk los social-revolucionarios de izquierda salieron de la coalición con los bolcheviques e iniciaron contra ellos una oposición impecable.

Así, Lenin, en los primeros meses del poder soviético, pudo realizar por lo menos su propio viejo programa, y establecer una alianza con un partido de campesinos democrático-revolucionario y no chovinista. Durante los meses de julio a octubre de 1917, las masas de obreros y de soldados rusos se pasaron sin más a los bolcheviques; mientras tanto, la mayor parte de los campesinos siguió siendo social-revolucionaria, volviéndose, de amiga del gobierno, como era, en ferozmente enemiga de aquél.

En verdad, cuando poco antes de la revolución de octubre cada uno de los partidos presentó su propia lista de candidatos para la elección de la asamblea nacional, los social-revolucionarios todavía no estaban divididos. Social-revolucionarios de derecha y de izquierda, amigos de Kérenski y amigos de Lenin, todos convivían pacíficamente en la misma lista: así, las elecciones para la asamblea constituyente llevaron a un re-

sultado singular. Kérenski, aún perdiendo todo apoyo de la masa popular, obtuvo la mayoría de los votos: de los 36 millones de votos recogidos, los bolcheviques tuvieron 9 millones, los mencheviques, 700.000, sin contar el Cáucaso, y 1.400.000 en esa región donde, en Georgia, gozaban de mayor popularidad; finalmente, los social-revolucionarios consiguieron 21 millones, y los distintos partidos burgueses, 5 millones.

La gran masa de campesinos que había dado su voto a los social-revolucionarios se proponía con ello un apoyo a la expropiación de las tierras, y no a Kérenski; pero a la cabeza de las listas de los social-revolucionarios, casi por todos lados estaban los partidarios de Kérenski que, así, obtuvieron sus propios mandatos. En enero de 1918 se reunió la asamblea nacional: entonces Lenin se mostraba decidido a combatirla porque no quería dejarse arrebatar el fruto de una revolución victoriosa por una mayoría parlamentaria que no tenía en lo más mínimo detrás suyo a la mayoría del pueblo.

El gobierno de los soviét exigía de la asamblea nacional el reconocimiento de la revolución de octubre, del nuevo gobierno y de su programa: y como la mayoría de la asamblea se negó a hacerlo, bolcheviques y social-revolucionarios de izquierda abandonaron la sala. El comité central ejecutivo, es decir, la representación permanente del congreso de consejos de todas las Rusias, decidió por la tanto que la asamblea nacional quedara disuelta. El parlamento, así cercenado, fue dispersado violentamente. Si Lenin hubiera celebrado en ese momento nuevas elecciones, el gobierno de los soviét, sin duda, habría obtenido una aplastante mayoría en todo el país. Pero no se llegó a esta situación: la nueva constitución rusa no incluyó la existencia de un parlamento, porque, según las ideas de Lenin y de los bolcheviques, los consejos eran la mejor forma de la democracia, y un

parlamento particular hubiera sido algo superfluo junto al congreso de los consejos de todas las Rusias.

Antes de tomar el poder, los bolcheviques había prometido a los rusos libertad y tierra, paz y pan: y ahora se pusieron a la obra, inmediatamente, para mantener sus propias promesas. El gobierno bolchevique dejó de lado a los viejos funcionarios y oficiales y, por todos lados, confió los puestos directivos a los consejos: así debía realizarse verdaderamente la libertad. El nuevo gobierno puso en vigor el control de los obreros sobre las industrias, para avivar la producción y para procurar a las ciudades los medios de sustento y los artículos de primera necesidad. Ofreció la paz a las potencias adversarias, y dio facultades a los campesinos para que se apoderaran de todas las tierras de los patrones. ¿Cómo se concretó ese gobierno de los consejos?

En primer lugar, la idea de Lenin para el control sobre la producción se mostró irrealizable: los obreros armados, entusiasmados por su propia victoria, no se podrían contener en los límites de una reforma tan moderada. Echaban de las fábricas a los directores y se apoderaban de la dirección. En todo y para todo se verificaban las profecías de Trotski. La revolución burguesa resultaba entonces sobrepasada por el impulso espontáneo de los obreros, en las ciudades y en los establecimientos industriales.

En el papel quedaba escrito entonces que debía darse un primer paso para la expropiación de los establecimientos industriales, mientras en realidad la expropiación era ya cosa cumplida. Sólo el 28 de junio (11 de julio) de 1918, apareció el decreto de nacionalización general de la gran industria. Cotejamos con esta circunstancia el hecho de que el decreto referido a la abolición de la propiedad terrateniente privada había salido ya el primer día de gobierno, 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917.

De todas estas consideraciones resulta que no fueron los bolcheviques quienes expropiaron a los empresarios rusos, sino, espontáneamente, los obreros, contra el deseo de los bolcheviques mismos. Lenin no tuvo otra posibilidad que la legalización, a pesar suyo, de cuanto habían hecho los obreros. El gobierno soviético, entonces, se dedicó a reunir a cada uno de los establecimientos expropiados, constituyendo órganos directivos para cada industria: así intentaba alcanzar una producción planificada.

Entonces surgieron inauditas dificultades. La situación económica del país, que ya era seria en 1917, se acercó a lo catastrófico en 1918-19. Cuando Rusia suscribió la paz por separado, la Entente dejó de facilitarle la vida económica: más aún, inició con su propia flota aquel bloqueo que dejó al país fuera del mundo. Y cuando en 1918 los alemanes ocuparon Ucrania, la Rusia de los soviets se vio sin el carbón de los campos del Donetz y sin el petróleo del Cáucaso. Debido a la falta de combustible y al estado de consumición de las máquinas, la mayor parte de las industrias rusas se precipitó en una decadencia completa: muchísimas fábricas quedaron inactivas, y los obreros retornaron a sus pueblos.

El estado de los medios de transporte era desesperante. El caos dominaba a lo largo del país. Una y otra cosa hicieron que los alimentos fueran llevados en cantidades insuficientes a las ciudades, cuyas poblaciones, entre 1918 y 1920, padecieron tremendamente. La posesión de rublos de papel, completamente depreciados, no daba a nadie la posibilidad de mejorar su condición de vida; así, se había desvanecido toda diferencia entre ricos y pobres, todo desnivel entre las distintas clases sociales. La igualdad de los hombres se vuelto realidad en una especie de comunismo del hambre.

Lenin había expresado, especialmente en el otoño de 1917, esperanzas de una sal-

vación económica: ninguna de ellas se verificaba. Y de ello no eran culpables ni Lenin ni su partido: se trataba de una consecuencia de la guerra mundial y de aquella otra, civil, aun aniquiladora, y que Rusia debió soportar luego de la primera.

En las campañas, la revolución bolchevique se halló ante cuatro clases: los latifundistas, los campesinos ricos (o sea, los *Kulaks*), los pequeños campesinos y los peones agrarios. Desde la abolición del servilismo de la gleba, y especialmente desde la revolución de 1905, los propietarios habían vendido parte de sus tierras. Como compradores, aquellos campesinos con posibilidades de dinero fueron progresando; así, entre la nobleza y la masa de pequeños campesinos se fue constituyendo una clase de campesinos propietarios que, en los pueblos, ejercían también la usura. Las tierras administradas directamente por los propietarios, y también las propiedades de los ya citados campesinos ricos, ocupaban a los peones agrarios. La mayor parte de las tierras pertenecientes a los señores no eran cultivadas directamente por los propietarios, sino que resultaban cedidas en arriendo a campesinos pobres. Y las condiciones de estos últimos aparecían como especialmente miserables, a causa de los sacrificios a que estaban expuestos por toda suerte de tasas e impuestos.

Los pequeños arrendatarios y los trabajadores de los campos se declararon a favor de la revolución social, mientras que los propietarios y los campesinos ricos se mostraban partidarios del orden existente. La revolución llevó a la expropiación absoluta de los propietarios, y también los campesinos ricos debieron ceder a la población pobre de las campañas una parte notable de sus propiedades. Así, aun los peones agrarios recibieron en general parte de la tierra; de las cuatro clases de la campaña, desaparecieron dos, y las dos que seguían en pie,

los campesinos ricos y los pequeños arrendatarios, se asimilaron entre sí.

Hacia el año 1919 empezaron a mostrarse en toda Rusia los resultados de la revolución agraria: ya entonces se había constituido por todos lados una masa uniforme de pequeños propietarios de campos. Los campesinos sabían cuánto debían reconocer a la revolución bolchevique, y estaban listos para impedir aun con el sacrificio de sus propias vidas el retorno a las antiguas condiciones. Además, sólo con la ayuda voluntaria de la masa agraria era posible crear el ejército rojo y vencer a los generales de la contrarrevolución: pero en las cuestiones económicas, los campesinos mantenían su egoísmo. Ya habían soportado bastante hambre con el zar y durante la guerra: ahora querían comer hasta hartarse. Aceptaban llevar mercancías a las ciudades sólo luego de adecuadas compensaciones, mientras los pagos hechos en rublos de papel depreciados no los alentaban ni a la producción ni a la venta.

El gobierno soviético envió a las campañas todo cuanto de mercancías podía procurar a la paralizada industria rusa, para ofrecer a los campesinos compensaciones por los productos alimenticios: peso, a pesar de ello, el abastecimiento de la ciudad siguió siendo insostenible. Para alimentar al ejército rojo y para dar por lo menos un poco de pan a los obreros, finalmente se recurrió a confiscaciones forzadas, y así el campesino dejó estar contento con su nueva propiedad, a la que no podía explotar económicamente. Dado que no existían ni dinero serio ni libre comercio, el campesino no estaba en condiciones siquiera de valorizar sus propias superproducciones, que le eran quitadas en cuanto se las descubría. De 1918 a 1920, entonces, las ciudades y los campos, los obreros y los campesinos estaban unidos contra la revolución aristocrática: es cierto. Pero psicológica y económi-

camente se hallaban en franca oposición, y el gobierno de los soviets no estaba en condiciones tampoco de llenar el abismo que dividía a unos y otros.

En cuanto tomaron el poder, los bolcheviques ofrecieron la paz a todas las naciones beligerantes. Pero la Entente no tomó siquiera en consideración las propuestas de los «traidores». En cambio, Alemania y Austria concluyeron de buena gana un armisticio con Rusia, e iniciaron las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. Durante las tratativas, se mostró la impotencia militar de la Rusia de los soviets. El ejército, totalmente desmoralizado, se desbandó: los soldados campesinos se apresuraron a volver a sus pueblos, para no estar ausentes en la nueva subdivisión de las tierras.

El comando supremo alemán, que en esos tiempos ejercía el verdadero poder gubernativo, aprovechó sin contemplaciones la debilidad rusa: el país derrotado vio cómo se le imponía una paz que, a la larga, volvía imposible su propia existencia. Y lo que más importaba no era la pérdida de las regiones limítrofes occidentales: Polonia, Finlandia, las provincias bálticas. Más grave era la sustracción de Ucrania, de toda la región meridional rusa. Ello significaba perder el granero del país y los más importantes yacimientos de carbón y petróleo. También separaba a Rusia del Mar Negro. La llamada Ucrania libre estaba en manos de las tropas alemanas, que se aventuraron hasta el Cáucaso: el territorio que le quedaba a la Rusia de los soviets estaba rodeado en occidente y en oriente por las tropas alemanas. Sólo parecía una cuestión de tiempo que el general Ludendorff diera también la orden de ocupar Moscú.

Así, sobre la Rusia revolucionaria, en la primavera de 1918, se desató una espantosa catástrofe nacional. Desde el punto de vista humano es perfectamente comprensible que muchos bolcheviques notables y

aun los social-revolucionarios de izquierda no quisieran firmar una paz tal y prefirieran morir luchando. Pero Lenin hizo pesar toda su fuerza y toda su autoridad para que la paz de Brest-Litovsk fuera aceptada. Pensaba: cuando se está desarmado, es imposible hacer la guerra, y los gestos teatrales no cambian el aspecto de las cosas. La Rusia de los soviets debía aceptar cualquier paz, para ganar tiempo. Es necesario aprovechar la dilación conseguida, fortalecerse militar y económicamente, esperar la revolución alemana.

Ya desde formulada la tesis del cese a cualquier costo de la guerra imperialista, Lenin había tenido que hacer las cuentas con un riesgo similar al de la paz de Brest-Litovsk. Si la defensa nacional era hecha pedazos, podía crearse una situación en la que el nuevo gobierno revolucionario quedaría sin defensa: Kérenski y los partidos que lo apoyaban, para evitar Brest-Litovsk, habían seguido la guerra y hasta osado la tan mentada ofensiva. Aquel que no admitiera ese modo de defender al país debía aceptar las consecuencias: la manera de actuar de Lenin era absolutamente lógica, y él pudo persuadir al partido, luego de violentas discusiones, en cuanto a la necesidad de esa política.

Dos hechos liberaron a Rusia del peligro alemán; la derrota militar alemana en el verano y el otoño de 1918, y la revolución de noviembre. Pero la oposición de la Entente se intensificaba: ella veía en el estado bolchevique, que había concertado la paz por separado con Alemania, un enemigo directo. Ya en el verano de 1918 comenzó la revuelta de las legiones checoslovacas: se trataba de cuerpos de voluntarios, formados por prisioneros austriacos de nacionalidad checa y constituidos por el gobierno del zar. Dada la debilidad militar de los soviets, los checoslovacos, que se consideraban parte de los ejércitos de la Entente, se apodera-



Asamblea de trabajadores de la fábrica Putilov. Petrogrado, julio de 1920 (Foto: dominio público).

ron de la línea del Volga, y desde allí se preparaban para marchar sobre Moscú.

El gobierno soviético, con esfuerzos inauditos, logró juntar tropas capaces de luchar: Trotski fue designado comisario del pueblo para la guerra, y puso en juego toda su energía con el fin de constituir el Ejército Rojo. En septiembre, las tropas rojas reconquistaron Kazan y rechazaron del Volga a los checos: era la primera victoria militar del Ejército Rojo en un combate serio.

Luego de la derrota de Alemania, la Entente renovó su esfuerzos para abatir a la Rusia de los soviets: viejos generales del zar fueron financiados por Inglaterra, Francia, Japón. Se les dio todo el material bélico necesario. Desde el Mar del Norte y el Báltico, desde el Ártico y el océano Pacífico llegaban las Guardias Blancas con los auxilios de la Entente. Los más peligrosos enemigos del gobierno de los soviets eran; en oriente, el general Kolchak; en el sur, el general Denikin.

La guerra se desarrolló con tremenda

crueldad: los blancos trataban de atemorizar a la población de obreros y de campesinos con los fusilamientos en masa, vendándose de la revolución. Los bolcheviques, al terror blanco oponían el terror rojo. Pueden mantenerse distintas opiniones sobre actos de violencia singulares cumplidos por el gobierno de los soviets en los años de la guerra civil, respecto de los fusilamientos en masa, etc. Pero desde un punto de vista histórico y general es necesario reconocer que el pueblo ruso, en ese momento, se vio obligado a defenderse de una despiadada contrarrevolución.

Luego de muchos y azarosos combates, que se prolongaron hasta 1920, el ejército rojo venció en todos los frentes. En Asia, el gobierno de los soviets ocupó todos los países que antes habían pertenecido al gobierno zarista: reconquistó el Cáucaso y, en Europa, Ucrania y las costas del Mar Negro. Sin embargo, en occidente permanecieron independientes de Rusia tanto Finlandia



como los estados bálticos y Polonia. Las victorias militares del año 1918 proporcionaron a los bolcheviques una extraordinaria autoridad dentro del país: la vergüenza de Brest-Litovsk ya había sido borrada. Los obreros y campesinos rusos podían jactarse de haber rechazado victoriosamente el asalto de las grandes potencias imperialistas reunidas. Luego de este hecho, los conceptos de bolchevismo y revolución rusa se asimilaron, ante los ojos de las masas.

Los bolcheviques, con las armas, habían llevado a término la guerra decisiva contra los oficiales propietarios de tierras zaristas: Trotski y Lenin habían triunfado sobre Kolchak y Denikin. Todos los otros partidos, liberales, mencheviques, social-revolucionarios, etc., habían quedado despedazados en el choque entre los dos sectores adversos. En la guerra civil, los bolcheviques adoptaron este principio: quien no está con nosotros está contra nosotros. Así, hicieron penetrar en las masas la persuasión de que todos los partidos no bolcheviques eran contrarrevolucionarios.

Cuando la guerra civil hubo cesado, la revolución ya había vencido a sus propios enemigos: pero al mismo tiempo el pueblo ruso había perdido la libertad democrática apenas conquistada y representada por los consejos de obreros. Desde San Petersburgo hasta el océano Pacífico se extendía sólida y omnipresente la bolchevique dictadura de partido.

En 1918 se había visto cómo la existencia de la Rusia de los soviets dependía de la institución de un ejército capaz de combatir; pero un ejército así requería unidad de mando y solidez de disciplina. Un regimiento no era apto para el combate si un coronel, al dar una orden cualquiera, debía pedir el parecer de una docena de soldados: por eso, Trotski constituyó el nuevo ejército con la completa abolición de los consejos de soldados. Para los puestos de mando,

en parte se utilizó a viejos oficiales del zar, colocándoles al lado, con fines de control, a comisarios bolcheviques. Luego, con el paso de los años, también se logró instituir un cuerpo de oficiales jóvenes, sinceramente revolucionarios. Las primeras tropas rojas estaban formadas por voluntarios, pero pronto debió recurrirse a la conscripción obligatoria.

La creación del ejército rojo era en aquel tiempo una amarga necesidad para la Rusia de los soviets; pero ella provocó la primera brecha en el sistema de consejos. Según Lenin, una de las obras principales del ordenamiento por consejos hubiera sido la abolición del ejército como formación extraña y contrapuesta a la masa del pueblo: ahora, de nuevo existía en Rusia un ejército que respondía a un ordenamiento central, separado de la masa popular y formado en parte por soldados de oficio. Los soviets locales ya no tenían en 1918 autoridad alguna sobre los regimientos del ejército rojo, de guarnición o de tránsito; así, quedaba reconstruido un importante elemento del estado autoritario de cuño burgués.

Trotski quería un ejército rojo centralizado, no sólo para alcanzar una eficacia militar, sino porque en él veía el instrumento que sometería a las masas caóticas de los campesinos a la conducción del proletariado socialista. Para Trotski, los opositores al ejército rojo son «federalistas reaccionarios», anarquistas y social-revolucionarios de izquierda. Al afirmar esto, olvida que la Comuna de París de 1871 fue obra de federalistas anárquicos, y que la esencia de los conceptos soviéticos del 17 era, también ella, un anticentralismo anárquico antiestatal. Quizás el «centralismo proletario revolucionario» sea una necesidad de la revolución y de la guerra civil; pero su antepasado es el terror francés de 1793, que nada tiene de común con el sistema de los consejos obreros.

En los años 1918-1920, paralelamente a

la constitución del ejército, en Rusia se produjo un retorno general al centralismo estatal. La lucha contra lo conjurados antirrevolucionarios hizo necesaria la institución de una policía política con poderes amplísimos, y que respondía a un ordenamiento absolutamente centralizador. Era la famosa Checa (llamada luego GPU). Muchas fábulas se han difundido a su respecto en Europa: aquí será suficiente destacar que la Checa ha sido siempre un fiel instrumento del estado centralista, un órgano ejecutivo del gobierno, es decir, del partido bolchevique. Y que no ha seguido nunca una conducta política divergente de la gubernamental, y tampoco le ha sido dada autoridad política alguna extraña a la dirección del partido. Toda la responsabilidad por la acción de la GPU, tanto en lo bueno como en lo malo, recae sobre el partido bolchevique: en absoluto sobre un órgano especial y secreto.

Junto al ejército y a la policía centralista, que se separaban del pueblo, se agruparon los órganos administrativos centralistas. Cada rama de la industria, en toda Rusia, fue recogida en trust, con el fin de poder dar una base unitaria a la producción.

Para esa finalidad se utilizaron los órganos centrales para la economía general del país, para el comercio, para el transporte y para los bancos. También se centralizaron la administración, la justicia y la instrucción, y todas las cuestiones de importancia fueron reguladas de acuerdo a decretos inapelables del gobierno.

En 1917, los soviets locales habían destruido el antiguo estado; pero ahora un nuevo estado aún más fuerte los tenía sujetos, y no les dejaba sino miserables tareas comunales. Y este potente aparato estatal centralista ¿estaba sometido por lo menos a un control democrático, ejercido por el congreso de los consejos de todas las Rusias? En 1918 se vio claramente que el gobierno de los consejos era en Rusia una

pura ficción: y lo mismo ha seguido siendo hasta nuestros días.

Formalmente, de acuerdo con la constitución de 1918, Rusia es gobernada por los soviets los órganos estatales inferiores son los soviets locales de los pueblos y las ciudades. Y los delegados de estos últimos constituyeron los consejos regionales, provinciales, etc. La autoridad suprema del estado se encuentra formada por el congreso nacional ruso de los consejos y, durante el tiempo que corre de una a otra reunión del congreso nacional, está confiada a una representación del mismo, es decir, el comité ejecutivo central. A partir de éste se forma luego el consejo de los comisarios del pueblo, que corresponde al llamado gabinete de los países europeos.

Pero todo este sistema complicado no es sino un biombo para la dictadura del partido bolchevique. Para que los consejos puedan tener vida, las elecciones deben ser libres: el elector debe poseer la libertad de elección entre distintos candidatos, y estos últimos la facultad de ilustrar con libertad sus propios puntos de vista, en la prensa y en los actos públicos.

En las condiciones creadas por la guerra civil, esa libertad de elección de los candidatos desapareció paulatinamente, primero con la exclusión de los partidos burgueses, como partidos contrarrevolucionarios, impuesta inmediatamente después de la toma del poder por los bolcheviques. Luego, fueron excluidos el partido de Kérenski, el de los social-revolucionarios de derecha y el de los mencheviques. Al final, en la primera mitad del año 1918, quedaron sólo dos partidos autorizados por la ley: los bolcheviques y los social-revolucionarios de izquierda.

Los social-revolucionarios de izquierda hubieran tenido la posibilidad de organizar a los campesinos revolucionarios: de ello podía esperarse el desarrollo de un sistema

de dos partidos que comprendería, junto al partido urbano y bolchevique de los obreros, el campesino y agrario de los social-revolucionarios de izquierda. El juego de estos dos partidos y la lucha legal de competencia entre ambos hubiesen podido salvar la democracia en el seno de los soviets: pero también los social-revolucionarios de izquierda sufrieron el mismo trágico destino de todo el movimiento de los *narodniki*. Ellos no estaban en condiciones de mantener dentro de las masas de campesinos la sólida posición que tenían en un principio, y pronto no cumplieron otra función que la de un apéndice de los bolcheviques. Después de la paz de Brest-Litovsk se alejaron de la alianza y, cuando en el verano de 1917 algunos social-revolucionarios de izquierda cometieron atentados e intentos de revuelta contra el gobierno soviético, entonces también ese partido fue puesto fuera de la ley, y celosamente destruido.

Así, en Rusia se produce una doble superposición paralela de abajo arriba: un gobierno aparente, constituido por los consejos, y uno verdadero, es decir, el partido bolchevique. Las organizaciones locales de partido eligen la asamblea partidaria, y ésta establece la línea de conducta del partido mismo, eligiendo también su dirección central. Luego, además, dicha dirección dispone dictatorialmente de todo el aparato del partido: para abatirlo se necesitaría una especie de revolución. Hasta ahora, nunca la asamblea del partido ha podido derrotar al comité central, que sin embargo se halla bajo su control.

El comité central del partido bolchevique es el verdadero gobierno de Rusia: él toma las decisiones importantes, y el consejo de los comisarios del pueblo no es sino su órgano técnico ejecutivo. Así, el partido bolchevique, desde los primeros meses de la toma del poder, ha logrado que los consejos se vuelvan inofensivos. Éstos, como

órganos de la voluntad espontánea de las masas, en realidad eran desde un principio algo como cuerpos extraños en la doctrina bolchevique del partido: Lenin, en 1917, los había utilizado únicamente para derrotar al aparato estatal imperialista. Inmediatamente, instauró su propio aparato estatal en sentido genuinamente bolchevique: es decir, como el dominio de una pequeña minoría disciplinada de revolucionarios profesionales sobre la gran masa desordenada.

Pero los bolcheviques no han abolido los soviets —cosa que en Rusia hubiera sido técnicamente posible—; en realidad, los han mantenido y explotado como símbolo decorativos de su propio dominio. Sólo en razón del simbolismo bolchevique de 1918 y de los años posteriores es que el sistema de los consejos entra en contraste con la democracia: los verdaderos y vitales soviets son la más radical democracia que se pueda imaginar. Pero los soviets bolcheviques, a partir de 1918, constituyen el símbolo de la dominación de una pequeña minoría sobre la masa del pueblo. Algo similar sucede con el concepto «dictadura del proletariado». Para la antigua teoría, la dictadura proletaria no es sino la dominación de la gran mayoría de los pobres y los trabajadores sobre la pequeña minoría de los ricos y explotadores: concepto idéntico entonces a la democracia proletaria. A partir de 1918, los bolcheviques llaman dictadura del proletariado a su forma del estado ruso mientras, en realidad, se trata de una dictadura ejercida sobre el proletariado y el resto del pueblo por el partido bolchevique o, mejor dicho, por el comité central de ese partido.

Lenin justificaba la dictadura de partido, tal como rige en Rusia desde 1918, por las necesidades de la guerra civil. Además, argumentaba acerca de las especiales condiciones rusas, en virtud de las cuales no hubiera sido posible igualar a la minoría proletaria con la gran mayoría agraria del

país. Trotski aprobaba el derrotero seguido por el partido, aun por el momento, teniendo en cuenta el interés de la victoria sobre los generales blancos y también el del sometimiento de los campesinos.

En marzo de 1917, el partido bolchevique no tenía más que un millar de afiliados; pero luego de la toma del poder, ese millar creció a centenares de millares, y el comité central del partido debió preocuparse por frenar la corriente demasiado fuerte de nuevos miembros. Con las ventajas que ahora traía el de pertenecer al partido dominante, había que vérselas con toda suerte de comunistas de ocasión. Trotski concordaba con Lenin en el alto concepto sobre el papel que el partido debía cumplir. Pero, sin embargo, subsistía una diferencia: para Lenin y para los viejos bolcheviques, el partido, en el fondo, se identificaba siempre con el viejo núcleo, encargado ahora de funciones directivas. En cambio, para Trotski, era la masa de obreros del partido mismo, organizados. Esta diferencia resultaba superada en tanto Lenin permaneció con su inalcanzable autoridad entre el aparato del partido y la masa de los afiliados. Pero el conflicto se agudizó luego de su muerte.

Los bolcheviques tenían en relación con las nacionalidades rusas la misma actitud que habían asumido hacia los soviets luego de la toma del poder. Fiel a su programa, Lenin en 1917 y 1918 había dado plena autonomía a todos los pueblos rusos: los ucranianos, los pueblos del Cáucaso, del Turquestán, etc., obtuvieron gobierno autónomos. Ellos podían desarrollar, sin ser molestados, su propia cultura, con su propia lengua. Y nadie trataba de imponerles la nacionalidad rusa. En todos estos países se constituyeron republicas independientes de consejos de obreros, que se unieron a la Gran Rusia en la federación de repúblicas soviéticas. Pero en cada una de estas republicas de consejos el poder real era des-

empeñado por la organización comunista local; los partidos comunistas de Georgia, de Ucrania, etc., dependían y todavía dependen, de alguna manera, de la dirección central del partido en Moscú. En realidad, cada uno de los pueblos de Rusia tiene su propia independencia cultural, pero nada pueden hacer si no les es permitido por el directorio bolchevique central. Por tanto, la democrática autonomía de gobierno no es una ficción menor para las distintas nacionalidades que para los mismo habitantes de la Gran Rusia.

En los años 1918-1920 los obreros rusos padecieron el hambre: en la guerra civil debieron sujetarse a sufrimientos y privaciones interminables. En cuanto a la democracia de los consejos de obreros, recién conquistada, ya la habían perdido. Sin embargo, habían adquirido un bien, del que estaban infinitamente orgullosos, y por el cual, con total voluntad, se ofrecían a los más graves sacrificios: dentro de los límites de la memoria, siempre habían existido ricos y pobres, dominadores y dominados. Ahora, en las necesidades de la guerra civil, toda diferencia había desaparecido. La burguesía estaba hecha pedazos; todos los hombres eran ahora iguales en todas las ciudades rusas, todos debían conformarse con las mismas y escasas raciones. Si alguien gozaba de una ventaja, era justamente el obrero. El concepto de dinero ya no tenía sentido. El campesino podía llamarse teóricamente patrón de su pedazo de tierra, pero en realidad no podía hacer nada con él, pues no podía comparar o vender libremente y, además, veía cómo confiscaban sus provisiones de trigo.

Entonces, en apariencia, la Rusia de los soviets no sólo había llegado al socialismo, si por tal, según el criterio de Lenin, entendemos simplemente la estatización de los grandes monopolios, sino que, superado ese punto, había alcanzado el comunis-

mo en su forma más avanzada, es decir, la igualdad de todos en los derechos y en los bienes, la abolición de las clases y la victoria sobre el dinero. Haber vivido la más grande conmoción de todos los tiempos era como un sueño para el obrero ruso; y cuando hubiera terminado la guerra civil con sus duras necesidades, debía desarrollarse libremente la vida paradisiaca de la sociedad sin clases sociales.

En esta embriaguez comunista del proletariado ruso, sus dirigentes encontraron una gran fuerza y, a la vez, un gran peligro. Todo podía ser pedido a esos obreros entusiastas: todo lo soportaban, un día fueran arrancados de sus ilusiones por la dureza de los hechos, incalculables habían de ser las consecuencias del desgarramiento. Lenin no había tenido nunca como mira, al asumir el poder, un salto así al comunismo, y tampoco había tenido ese sentido el cambio de nombre de la vieja socialdemocracia rusa por el de partido comunista. Es cierto que el gobierno soviético, en las declaraciones oficiales dictadas entre 1918 y 1920, se inclina a poner bien en evidencia su propia misión socialista, la destrucción de la burguesía y la liberación de los trabajadores. Pero Lenin siguió todavía escéptico en cuanto a los resultados efectivamente logrados.

Lenin veía que los muchos millones de pequeños campesinos de Rusia seguían existiendo a pesar de todas las leyes dictatoriales del comunismo de guerra, y que ellos no constituían elementos de un estado proletario, sino burgués. La política de la

violencia contra los campesinos era acaso una necesidad de tiempos de la guerra civil y de la escasez, pero por cierto no podía conformar una institución para el poder soviético. Lenin estaba decidido a buscar un compromiso con los campesinos, en cuanto la paz retornara al país: pero la paz, para la Rusia de 1918-1920, parecía algo bien lejano. Primero fue sometido al férreo yugo de la potencia militar alemana; luego apareció la amenaza de la Entente, y en el país mismo estaba la enorme masa de campesinos, amigos de muy poco confiar. ¿Cuánto tiempo habrían resistido los soldados campesinos del ejército rojo si, un día, un gran ejército anglosajón hubiera marchado realmente sobre Moscú?

Los bolcheviques, absolutamente en contra de sus propios planes, habían llegado a constituir un estado socialista. Es decir, habían llegado a realizar en Rusia la política de Trotski: y, por lo tanto, debían aceptar las conclusiones por él formuladas cuando aseguraba que una revolución obrera rusa podía ser salvada sólo mediante una revolución obrera europea. Desde 1918 hasta 1920, Lenin y todos los dirigentes bolcheviques siguieron la doctrina de Trotski sobre la revolución permanente, ingeniándose las para que la revolución se extendiera por Europa central y occidental. El objeto era encontrar apoyo en gobiernos obreros victoriosos en Europa, y así salvar la revolución rusa. Ésta es la causa que hizo del éxito de la III Internacional en los años que van de 1918 a 1920 una cuestión de vida o muerte para los bolcheviques.